



Núm. 1.

## EL HOMBRE-LOBO.

### I.

Una noche tormentosa en que el trueno retumbaba, si atrevido caminante llevado hubiera su planta al borde de un precipicio entre dos altas montañas que en el reino de Galicia su enhiesta cima levantan, pudiera haber observado un bulto que cerca estaba de caer al hondo abismo impulsado por el agua que de la cima caía y que un torrente formaba. De aquel bulto alguna queja acaso de voz humana, salía como el quejido que los pobres niños lanzan. A poco rato una fiera, que recorría espantada los riscos, quizás en busca

de cueva que la albergara, paróse ante el bulto aquel, olfatea, luego avanza, y el hambre quiere saciar. Otro gemido se escapa de aquel bulto: al poco rato, la fiera con tiento escarba, y un niño recién nacido á la luz fúlgida y clara del relámpago se vé... La fiera en coger no tarda á la pobre criatura por las ropas que la guardan, y corre hácia la honda cueva del monte que cerca estaba. Cuidadosa allí lo suelta y la envoltura desata con los dientes, cariñosa al niño lame y halaga colocándole en la boca el pecho que alimentaba á sus cachorros que corren y á los otros se abalanzan.

Pasó el tiempo y aquel niño creció en forma tan extraña, más querido por la loba que por madre despiadada que lo dejara en el monte para que ocultos quedaran el crimen y la deshonra. Mas la Providencia santa, castigo dió á aquella madre mas terrible que pensara.

## II.

En una estancia magnífica, sentada está una señora, esperando con anhelo, pues miraba cuidadosa al relój: las tres sonaron y entró una vieja temblona de nariz hácia la barba, de negra y terrible boca, desgredada y harapienta, alta, flaca, misteriosa, cubierta con negro manto, cual bruja de edad remota.

—Alabado sea Dios, exclamó con voz gangosa. —Por siempre sea alabado, contestó la dama atónita. Siete dias esperando y por fin vienes ahora.

¿Dónde quedó? —No hay cuidado que nadie sepa la historia que oculta quieres tener, nunca saldrá de su boca. A orillas de un precipicio, en noche terrible y lóbrega, lo ha dejado mi pariente, y digo yo que á estas horas...

Porque matarle... matarle... era negocio de monta.

—Cállate, lo que yo quiero, es saber que mi deshonra, ha quedado sepultada para siempre... —No te estorba, ni te estorbará jamás el hijo que en tan mal hora... contestó la astuta vieja.

¿Y Roberto? —Ya hace dias que no lo he visto; estoy loca, creo que me ha abandonado, y que en el mundo estoy sola. ¡Qué horror!... el remordimiento,

vá conmigo cual mi sombra por donde quiera que voy, oigo algun niño que llora y la vista con espanto vuelvo inquieta y angustiada...

—Esta carta te traia dijo la vieja, y tan pronta fué á enseñarla como á leerla aquella mujer sin honra. —Es de Roberto, ¡Dios mio! me deja... acaso por otra... dice que sabe el delito y que no me lo perdona, «madre que abandona á su hijo, jamás el delito borra...» Esto soló me faltaba.

Y al decir esto, la sombra de un niño cruzó el espacio, se oyó una voz misteriosa que dijo... Madre inhumana, ya gozarás en tus obras, corazon empedernido, sufre, arrepíentete y ora... La vieja huyó sin tardanza, y aquella mujer se arroja sobre el lecho, desgarrando el ropaje con su boca. ¿Quieres saber su castigo? sigue leyendo la historia.

## III.

Pasaron años y años, y en todas partes se oia una noticia terrible, una horrorosa noticia. Decíase nada menos que de los montes salia, un hombre-lobo feroz; que era muy triste su vida, que sus armas eran garras, y que en su cueva tenia corazones de mujeres: que casi todos los dias llevaba brazo ó cabeza de sus desgraciadas víctimas. Los pueblos todos temblaban del monte en las cercanías, y se dispuso salir á perseguirle en seguida. Fué imposible darle caza; su carrera velocísima, ni con caballos ni perros,

seguirse jamás podía.  
Los ojos del hombre-lobo  
eran de ardiente pupila,  
la cara toda cubierta  
por el pelo: su sonrisa  
enseñaba agudos dientes  
en sangre tintos: vestía  
pieles de lobo, y á todos  
cuantos á destroz ar iba  
les obligaba á leer  
papeles que á otros cogia...  
Daba un rugido espantoso,  
y cual fiera enfurecida  
sobre la presa se lanza,  
así su furiosa ira  
se saciaba en inocentes  
que en vano perdon pedían.  
El hombre-lobo no hablaba  
mas con señas expresivas  
manifestaba su idea:  
tan solo aprendido habia  
á ahullar cual la que le dió  
el pecho entre mil caricias.  
La loba á corta distancia,  
siempre sus pasos seguía;  
si la lucha alguna vez,  
era en extremo reñida  
con sus enemigos, ella  
á darle auxilio venía.  
Cierta dia una emboscada  
prepararon con activa  
intrepidez los vecinos  
del pueblo adonde solia  
bajar la loba á coger  
sustento para su cria.  
Ya el hombre-lobo cercado,  
se vió por gente muy lista;  
la loba á corta distancia,  
espera siempre escondida  
hasta que vió los fusiles  
con certera puntería,  
hacia el feroz hombre-lobo,  
que con la vista muy fija  
en un cazador, sobre él,  
lanzarse solo queria.  
Hízolo al fin de repente  
con ligereza imprevista;  
la loba avanza rugiendo  
como la leona herida.  
Se abalanza á un cazador  
y á otro despues, los derriba,

sin dar tiempo á disparar.  
De los demás uno tira,  
hiere á la loba en la oreja,  
y esto más y más la irrita;  
cae sobre el que le apuntó;  
las fauces al cuello aplica,  
y en un instante quedaron,  
sin tanta gente enemiga.  
El hombre-lobo la sangre  
de la loba ansioso mira,  
y procura restañar  
la grande y profunda herida.  
La loba lame las manos  
de aquel ser que el mundo admira.  
En los pueblos premio ofrecen  
á quien tuviera la dicha  
de matar al hombre-lobo,  
que no dejaba tranquilas  
ni aldea, ni poblacion  
del alto monte vecinas.  
En el camino mil veces,  
presentábanse á la vista  
despojos de cuerpo humano,  
y con la sangre teñidas  
las piedras, huella terrible  
que el hombre-lobo seguía.

#### IV.

Una tarde calorosa  
del mes de agosto, cruzaba  
la diligencia el camino,  
que hay al pié de una montaña.  
El hombre-lobo un trabuco  
á los caballos dispara,  
corren estos presurosos,  
al estampido se espantan,  
los viajeros aterrados  
sienten de muerte las ansias:  
vuelca el coche, el hombre-lobo  
hacia el cochero adelanta,  
y lo hiere mortalmente;  
los viajeros se desbandan  
y corren hacia el abismo  
quiere evitar las garras  
del hombre-lobo que ansioso  
hacia una mujer avanza:  
la detiene, y una herida  
la infiere con una daga,  
para evitar que acudiesen  
á socorrerla. — Me mata,  
dice la infeliz señora.  
Compasion... Con fiera saña

la coge en hombros y al punto,  
con ella á la cueva marcha.  
La señora sin remedio,  
por la herida se desangra.  
Llegado ya el hombre-lobo  
á la cueva, aquella carga  
suelta y oye á la señora  
estas terribles palabras:  
—Abandonado en un monte  
fué el hijo de mis entrañas,  
y en otro monte yo muero  
de todos abandonada.  
En cuanto oyó aquellas voces,  
el hombre-lobo, levanta  
hacia los cielos el brazo,  
y hace uso de la palabra  
que hasta entonces no tenia.  
Quedó atónito... Su cara,  
reflejaba sentimientos  
de ódio y amor en el alma.  
Sentia aborrecimiento  
hacia la madre inhumana  
que lo abandonó, y á un tiempo  
la sangre de hijo alentaba  
y le atraía á su madre.  
Ella todo lo observaba.  
De pronto vé que aquel mónstruo,  
se dispone hasta abrazarla.  
—¡Oh! que horror, dice, matadme.  
los caidos brazos alza  
y ella misma las heridas  
con harto furor desgarrá.  
—¡Ah!... yo he matado á mi madre,  
yo... que el cielo no me valga,  
pero ella me abandonó  
y su delito fué causa,  
de que en mí, instintos de fiera,  
cruelles se despertaran.  
Ella al dejarme en el monte,  
la muerte me decretaba,  
y Dios aquí la ha traído,  
solo para castigarla...  
Madre, yo soy aquel niño  
que hubiera muerto, si sabía  
la Providencia no hubiese  
llevado hasta mí la planta  
de una loba, cuya leche  
vida segunda me daba,  
con los instintos de fiera,

pero menos despiadada  
que la madre que la muerte  
sin piedad darne encargaba.  
Mirad ese lienzo aún,  
que recuerda tanta infamia.  
Ved allí la pobre loba,  
está hace un año enterrada;  
flores hay sobre su tumba,  
las flores de mi esperanza.  
He sido atroz, sanguinario,  
sentia hácia el mundo rabia,  
he cometido más crímenes  
que mil hombres perpetraran  
y por fin hasta mi madre  
pagó mi tremenda saña.  
—Ay... exclamó la señora,  
Providencia soberana,  
perdonad mi horrible culpa.  
—Perdonadla, perdonadla,  
gritó el hombre-lobo al ver  
que ya su madre espiraba.  
—¡Tu... mi hijo... tú mi hijo!...  
Mi propio crimen me mata.  
El hombre-lobo á su madre,  
desesperado se abraza.  
Sale al punto de la cueva,  
vé pasar á gente armada,  
y dice... yo soy la fiera,  
¿quién me libra de la carga  
de esta vida? Sonó un tiro  
y cayó sobre las matas  
el hombre-lobo que al fin,  
terminó su historia extraña...  
Recogieron el cadáver  
y aquel que en la cueva estaba,  
y se hicieron comentarios  
sobre la noticia rara  
de la mujer que en el monte  
con la loba se encontraba.  
El mismo que dejó al niño  
en el monte es el que narra  
estos hechos que al papel,  
un sacerdote traslada;  
por que sirvan de escarmiento  
á madres tan descastadas,  
y comprendan que la culpa  
tarde ó temprano se paga,  
que la Providencia vela  
y que el castigo no tarda.